

FEDERICO HENRÍQUEZ GRATEREAUX

IDENTIDAD
PERSISTENTE
Y
MUTANTE

Santo Domingo, República Dominicana
2004

Índice

Identidad persistente y mutante I.....	1
Identidad, raza, nación; separar las partes II.....	8
America: cohesión social en curso III.....	13
Discursos, ideologías, maneras de hablar IV.....	17
“Tribus nacionales”... grandes y pequeñas V.....	22
Organizaciones sociales de complejidad creciente VI..	29
Bibliografía	36
Apéndice	
Alemanes y judíos: La “identidad interior”.....	37

Identidad persistente y mutante

Federico Henríquez Grateriaux

I

La construcción de la Comunidad Económica Europea es una obra política que produce asombro y admiración. Las diversas nacionalidades de Europa, tras siglos de guerras, rivalidades comerciales y culturales, deciden formar una organización comunitaria dirigida a la *transnación*. La Unión Monetaria Europea ha sido la coronación de muchos años de esfuerzos: unión aduanera, mercado común y, por fin, moneda única. Se restringe la soberanía de cada nación para edificar una entidad mayor, más poderosa, que defienda la estabilidad y el crecimiento económico de todos los participantes, doce, quince, veinte y cinco...tal vez cincuenta y cinco. Todo ello por encima de la diversidad de idiomas y de viejos y enconados prejuicios.

Cada país europeo configuró un ordenamiento político del Estado con arreglo a sus vecinos y contrincantes, en respuesta a las acciones de otros estados, a las amenazas imperiales, cercanas o lejanas. La historia hizo las particularidades nacionales; y las guerras establecieron fronteras a los territorios. La autoridad del Estado sobre un territorio debió ser defendida todos los días. Y para que esto fuera posible era necesario contar con aglutinantes colectivos culturales, sentimentales, políticos, económicos, simbólicos. A esa suma de elementos se le llama patriotismo.

La *nación* es, pues, una cristalización histórica; pero el Estado es un aparato político de coerción o fuerza; nación y Estado descansan ambos en la *identidad* de una población concreta. *Identidad* es el conjunto de factores unitivos que todos los habitantes de un país perciben como propios, de modo inmediato, sin que medie el razonamiento: en primer lugar, lengua y costumbres. Lo *nacional* significa lo que hemos sido siempre; lo *transnacional* es lo que deseamos ser y que so-

mos únicamente en proyecto o intención. Por eso produce admiración el surgimiento de una empresa de integración económica regional que, además, discute y redacta una Constitución común y reglamentos administrativos para una docena de gobiernos. Lo cual no logra borrar los sentimientos nacionales.

¿Cómo es posible que con este experimento a la vista de todos, pervivan, más enérgicos que nunca, los sentimientos nacionales y las ideologías nacionalistas radicales? No es fácil encontrar explicaciones claras para la persistencia de la *identidad* de los pueblos a través de la historia.

El camino práctico es atender más a los hechos que a las palabras; dar más importancia a los ejemplos reales que muestran la pervivencia de la *identidad* en los pueblos, antiguos y modernos; y prestar menos oídos a las controversias teóricas sobre el tema.

El pueblo judío es el primer modelo que debemos considerar, por ser el más antiguo y conocido. Los judíos perdieron su Estado, su territorio e incluso su lengua; dispersados por el mundo a partir del año 70 DC., vivieron alojados en diferentes sociedades que influyeron sobre sus costumbres ancestrales. Los judíos asentados en España adoptaron la lengua española del siglo XV. El judeo-español es la versión arcaica de nuestro idioma actual. El culto religioso de los judíos *sefarditas* se expresa en *ladino*; en cambio, los judíos *askenazitas* del Este de Europa hablan el *yiddish*, o sea el alto-alemán con matices y agregados hebreos. Pero no perdieron su *identidad* como pueblo. Conservaron sus creencias religiosas, su música, su cocina característica, así como específicas formas de arte, pensamiento, literatura. Los judíos no dejaron de ser una nación durante la diáspora de casi dos milenios. Dejaron de ser un *Estado* pero no de ser una *nación*. Esto es, un *proyecto colectivo de vida común*. La *identidad* de los judíos conservada – preservada celosamente por gaones, rabinos, líderes y maestros -, es una de las causas del rechazo social que sufrieron dentro de las comunidades anfitrionas. Lo cual determinó muchas de las peores persecuciones de su historia.

Como bien saben todos, los judíos *recuperaron* su lengua. Después de haber sido una lengua muerta, reducida al culto religioso, el hebreo es hoy un idioma vivo, en franco proceso de desarrollo. Tan pronto los judíos obtuvieron un territorio y volvieron a fundar un Estado, actuaron con la coherencia de una nación, la que siempre fueron mientras la dispersión fue casi total.

Por supuesto, los judíos de hoy no son exactamente iguales a los judíos de la época de Moisés o del rey Salomón. Han evolucionado a partir de un núcleo básico tradicional, agregando, podando o matizando, la “sustancia” original. Apreciaban su historia y deseaban prolongarla; maestros, artistas, sacerdotes y políticos colaboraron en esa tarea a lo largo de siglos.

Polonia fue repartida en 1772 entre Rusia, Prusia y Austria. Los polacos organizaron insurrecciones que terminaron con dos nuevos repartos, uno en 1793 y otro en 1795. Napoleón independizó una porción de Polonia y estableció el ducado de Varsovia, el cual volvió a ser parte de Rusia con el Congreso de Viena en 1815.

El compositor polaco Federico Chopin, el autor de las universalmente conocidas polonesas, fue enterrado en París en el cementerio del Pere Lachaise. Antes de morir, el pianista dispuso que su corazón fuera enviado a Polonia. Este gesto romántico, que nos parece propio del siglo diez y nueve – Chopin nació en 1810 y murió en 1849-, es sólo una muestra de la persistencia de los sentimientos nacionales conectados con la *identidad*.

Polonia, a pesar de todos los repartos y presiones de rusos y alemanes, es hoy una nacionalidad y los polacos conservan su identidad. Los Habsburgo gobernaron durante seis siglos; el imperio austro-húngaro no decayó hasta 1918, al terminar la Primera Guerra Mundial. Los polacos de hoy siguen bailando su música típica; y escuchan con emoción las polonesas de su compositor romántico emigrado a París. No ha desaparecido la identidad polaca.

Judíos y polacos son dos ejemplos extraídos del pretérito:

del pasado remoto y del pasado reciente. Los ejemplos actuales son abundantes. Cualquier persona que viaje a los Estados Unidos de América y visite ciudades como Chicago, Nueva York, San Francisco, Miami, podrá advertir la persistencia – resistencia o pervivencia - de los caracteres nacionales, de la identidad de los pueblos.

Griegos, judíos, polacos, italianos, chinos, han mantenido durante décadas la actividad de los llamados “barrios étnicos” en todas las grandes ciudades de los Estados Unidos. La mayor parte de estos griegos, polacos, italianos, chinos, tiene *ciudadanía* norteamericana. La *nacionalidad* consignada en el pasaporte y demás documentos civiles es la norteamericana; sin embargo, la *identidad* de los portadores de esos documentos no es la misma de los estadounidenses comunes, anglosajones establecidos en América desde hace siglos, con varias generaciones nacidas y criadas en esa tierra. Los norteamericanos recientes han de sufrir una suerte de “pasantía” antes de llegar a ser norteamericanos en plenitud sentimental y no solamente jurídica. Durante ese periodo, comparable al de los polluelos en trance de emplumar, los polacos, griegos, italianos, desarrollan “barrios étnicos” donde se sirven sus comidas, se venden sus periódicos, se escucha su música y se exhiben los objetos simbólicos de su *folklore*.

Metidos ya en el famoso *melting pot* de culturas y etnias, los norteamericanos nuevos se protegen de la “intemperie cultural” fabricando una atmósfera resguardada, conocida, que les ofrece abrigo y seguridad emocional. Los norteamericanos de origen griego siguen comiendo queso feta, aceitunas kalamata, ensalada Nicosia, durante un largo proceso de adaptación.

Arropados por costumbres extrañas, por una lengua que no es la materna, los emigrantes deben construir sobre sus hombros un caparazón nuevo, a semejanza de ciertas especies de cangrejos. El “barrio étnico” funciona como un refugio temporal. La *identidad* de los pueblos es, a la vez, persistente y mutante.

Un caso actual y próximo es el de los puertorriqueños.

Sometidos a la influencia norteamericana durante un siglo, los puertorriqueños no han perdido su identidad hispánica. Hablan inglés y español todos los días de sus vidas, adoptan voces de la lengua inglesa o deforman algunas palabras, pero continúan atados a su identidad originaria hispánica. Muy conocida es la vieja composición que dice: “*La plena que yo conozco/ no es de la china ni del Japón;/ La plena viene de Ponce,/ viene del barrio de san Antón*”. Pero hay puertorriqueños que llaman *rufo* al techo de sus casas.

Los emigrantes cubanos, que han colonizado a Miami y buena parte de la Florida, no han perdido su identidad antillana. Han introducido en los Estados Unidos el *cuban coffee*; el llamado “estilo latino”, en la música, en la comida, en la manera de vestir, ha penetrado en la sociedad norteamericana. Los fenómenos de transculturación suelen tener dos vías. Los cubanos de Miami ya no son los mismos de Cuba; están profundamente norte-americanizados. Ellos han modificado su estilo de vida y trabajo, e incluso algunos de sus ideales y valores. No obstante representar una modalidad antropológica nueva, no dejan de ser otra cara de la cubanidad.

Algunas personas piensan que el *nacionalismo* es, simplemente, la expresión ingenua de la identidad de cada pueblo. Pero los políticos, cuando hablan de *nacionalismo*, se refieren a “la alteración fanática del sentimiento patriótico”. Nacionalismo es un vocablo que procede, como es obvio, de *nación*, y nación es la cristalización histórica y cultural sobre la que se asientan generalmente los *estados*, como ya hemos dicho. Pueblo, Estado, Nación, son conceptos ligados íntimamente por la costumbre y por la lengua. No debe sorprender que estén mezclados en el pensamiento del hombre común. Añádase a esto la nacionalidad – la ciudadanía -, una noción jurídica, y tendremos la más completa confusión.

Se atribuye a Borges la afirmación de que los *ismos* son: o una doctrina o un énfasis. En ocasiones el énfasis puede conducirnos a la deformación. Desalojemos entonces, de manera provisional, las ideas de Estado y Nación y consideremos separadamente el concepto de *identidad*.

En primer lugar, es preciso señalar que el principio de identidad fue formulado por Parménides de Elea unos 500 años antes de Cristo. “Lo que es, es”. Ese es el primer principio de la lógica tradicional y ha sido fecundo en la geometría y en las matemáticas. Desde hace algún tiempo se aplica el concepto de identidad en las llamadas ciencias sociales, con menos rigor y poquísimo rendimiento.

Dicho principio es fijo, inmutable, permanente. Los griegos de la época de Parménides concibieron el ser de las cosas como una substancia invariable, siempre igual a si misma: “ lo que es, es”. Por eso el principio de identidad era tan útil para los números, para las figuras ideales, el triángulo, el círculo.

Aplicado a la gente, a las sociedades, a la historia, esto es, a las humanidades, el principio de identidad deja de ser útil intelectualmente.

Hace diez años publiqué el ensayo *La guerra civil en el corazón*; entonces escribí: “*No es posible con un concepto rígido y fijo apresar un objeto que fluye. El hombre es una entidad cambiante, mudadiza, que se desarrolla y transforma en el tiempo, en el curso de la historia. Podemos decir de un lado común a dos triángulos que AB es idéntico a AB porque la geometría es una ciencia que trata objetos o figuras ideales. El hombre, en cambio, no puede estudiarse desde una “antropología eleática”.*

“El hombre español, por ejemplo, es celta y también ibero; pero ha sido modificado por los romanos, por los moros, por los judíos, por los visigodos. Un español del siglo XVI, de la “edad conflictiva”, como dice Américo Castro, con la herencia de los reyes católicos, de la lucha contra los árabes, de la expulsión de los judíos, no es igual – no es idéntico - que un español falangista de la época del dictador Francisco Franco. La identidad no es fija sino cambiante, con diversos acentos, con caras o facetas de cada época, como un poliedro que oscila a la luz de la historia”.

Las viejas categorías de la filosofía griega fueron concebidas para aprehender la naturaleza; y las categorías de la filosofía moderna tal vez sirvan para comprobar la racionalidad u

“organicidad” del pensamiento abstracto. Ni Aristóteles ni Kant pueden ayudarnos a definir y apresar teóricamente la vida personal, social, histórica. Para esa tarea necesitamos otros instrumentos intelectuales.

Las *ideas* y las *creencias* de la gente facilitan la comprensión de su conducta; las expectativas de *futurición* se producen solamente en las almas de las personas. Los estudiantes sueñan con la futura graduación: viven *proyectados* hacia lo futuro; los comerciantes saborean la riqueza por venir, los políticos gozan de antemano con el poder que alcanzarán en la próxima campaña electoral. El hombre que *decide* emigrar *elige* entre varias posibilidades. El hombre es un animal que despliega *intenciones* en el tiempo y en el espacio. El esquema de lo *intencional* es: *con algo, por algo, para algo*. ¿Con qué vivimos? ¿Para qué vivimos? ¿Por qué vivimos? El hombre común no se plantea estas preguntas filosóficas; sin embargo, las contesta, de hecho, con su conducta. Y ahí esta la clave del cambio en la identidad de los pueblos. Sea que emigren o no, o que sean invadidos o influidos por otros pueblos, los grupos humanos viven bajo la perpetua acción de *creencias* - religiosas, políticas, sociales, estéticas -, movidos por la esperanza contenida en la cápsula o capullo que es la *futurición*. El formato entero de la vida humana esta condicionado por la *intencionalidad*. Queremos ser santos, ladrones, escritores, gobernantes, médicos, hombres de empresa. Hemos de adaptar nuestras existencias a unas circunstancias que cambian de sentido, de importancia o de valoración colectiva. Con estas categorías “existenciales” sí conseguimos captar intelectualmente la vida humana.

En el ensayo que cito más arriba también escribí: “*Que una sociedad absorba o rechace un elemento u otro de la cultura universal – recibidos a través de medios de comunicación cada vez mas abarcadores – es algo que ocurre todos los días, en un continuo proceso de filtración osmótica o de defensa colectiva o de adaptación social*”.

Cuando se rompe el equilibrio entre persistencia y mutación, puede ocurrir un descalabro colectivo como el que sufrie-

ron los taínos en la isla de Santo Domingo. La desaparición total de pueblos y de culturas no son fenómenos frecuentes. Pero es un hecho que ciertos pueblos han ido a parar a lo que he llamado “sumidero de la historia”.

En el sepulcro de los reyes católicos, en Granada, último bastión del dominio árabe de España, hay una inscripción que sugiere que Fernando e Isabel “aplastaron las personas” de moros y judíos. No hay más que leer las noticias de ayer acerca del Oriente medio para saber que no es cierto que “sus personas” hayan sido “aplastadas”. Palestinos y judíos siguen enfrentados...como en los tiempos de David y Goliat. Han conservado su identidad.

La *identidad* de los pueblos puede desbordar el poder coercitivo de los Estados. Ha ocurrido ya en los Balcanes que pueblos alojados dentro de un Estado preexistente terminen arrojando del poder a los anfitriones. Es claro que *identidad* es algo que perciben claramente “los propios” y “los extraños”. A menudo las diferencias de *identidad* conducen a sangrientas guerras, como es el caso de *hutus* y *tutsis* en Ruanda, dos tribus negras enfrentadas durante años.

Es deseable que no se produzcan estos enfrentamientos entre grupos separados por la cultura o por intereses vitales; del mismo modo, es deseable que los pueblos todos prolonguen su acción en la historia, que no pierdan su identidad, aunque experimenten mutaciones.

Para que esas dos cosas ocurran es menester que los líderes, pensadores y maestros de cada sociedad, cumplan con la misión social que les corresponde. Nunca esa misión es igual o, si se quiere, *idéntica* a la que cumplieron los líderes y maestros del pasado. Deben éstos, en toda ocasión, descubrir penosamente los caminos ocultos del porvenir...asumiendo con valor el carácter del presente y estudiando, minuciosamente, el pasado.

Identidad, raza, nación; separar las partes

II

Los conceptos *nación* y *Estado* son percibidos en apretada relación, lo mismo que las ideas de pueblo y *etnia*. Pueblo, Estado, nación, se nos aparecen como realidades enterizas que no toleran ser disociadas. Para las mentes griegas de Leucipo y Democrito, átomo significaba unidad indivisible; en cambio, para la física moderna los *elementos* que componen el átomo son las fuerzas que explican el comportamiento y las propiedades de la materia. Para estudiar la *identidad* sobre la que se edifican *pueblos*, *estados* y *naciones*, es preciso descomponer o desagregar esas tres porciones de la realidad social; como si fueran protones, electrones y neutrones.

Como ya dijimos, durante siglos los judíos carecieron de *territorio* y de *Estado* pero no dejaron de ser una *nación*; vivieron dispersos sin perder el carácter de comunidad, conservando sus costumbres, ritos, creencias, “estilo de vida”, visión del mundo. De los judíos dijo el poeta alemán Enrique Heine: “*son un pueblo cuya patria es un libro*”. Los hebreos no ponían los pies sobre ninguna tierra propia. Ellos tenían *identidad* sin tener “patria”: Eran una *nación* sin *Estado*.

Los polacos, por el contrario, no perdieron su territorio con las reparticiones de 1772, 1793 y 1795; aunque muchos polacos emigraron, el grueso de la población permaneció en su territorio a pesar de haber perdido su Estado y sus derechos políticos. Los polacos mantuvieron viva la *identidad* nacional: Fueron polacos antes, durante y después de las dominaciones de rusos, prusianos, austriacos y franceses. Los judíos conservaron su *identidad* mas allá del horror del holocausto, un periodo de exterminación física programática que abarcó doce años, esto es, de 1933 hasta 1945.

La *identidad* no siempre está conectada con una raza determinada. Hay negros puros en África que pertenecen por entero a la cultura arábiga, que son musulmanes, usan ropajes árabes y su lengua *materna* es el árabe. Los negros norteamericanos – llamados afroamericanos - son americanos, profundamente americanos. El *blue*, los *spirituals*, el *jazz*, son

contribuciones de los negros a la cultura norteamericana que, en lo esencial, es WASP, o sea, blanca, anglosajona y protestante. No se parecen los negros norteamericanos a los negros del África, sean musulmanes o cristianos, arabizados o afrancesados. No importa que miremos la historia como un *proceso* – sujeto a leyes – o como una serie ininterrumpida de “*accidentes*”, el resultado es que razas diversas pueden confluir en una *identidad* común.

Esto es particularmente importante para comprender los “fenómenos identitarios” de la América hispánica. En los países de nuestra América es muy difícil que tengan éxito movimientos nacionalistas etnocéntricos, - fundados sólo en la *etnicidad*, en la pureza de una raza determinada - . En América existen tres grandes grupos étnicos que conviven desde hace siglos: los aborígenes precolombinos – mayas, quechuas, aztecas, aimaras y muchísimas otras etnias -; los europeos colonizadores y sus descendientes directos o indirectos; y los hijos de los negros importados como esclavos en algún momento de la historia colonial. Negros, blancos e indios han dado lugar a toda clase de mezclas: mestizos, mulatos, zambos. No obstante los numerosos prejuicios existentes y las diversas luchas que separan o han separado a estos grupos, pertenecen todos a la misma comunidad, al mismo Estado. El que hayan luchado unos contra otros por motivos económicos, sociales, políticos, y ocupado distintos lugares en la escala de jerarquías públicas y de estimación, no impide que sean *nacionales* del mismo país y bailen la misma música y coman parecidos platos. Las viejas identidades son persistentes, mutantes y, además, *aglutinantes*: aglutinantes por dos razones: porque incorporan nuevas partículas y porque mantienen la cohesión de las sociedades. La mutación es lenta, la persistencia prolongada; y el poder aglutinante una fuerza política siempre activa.

En la actualidad las naciones de América hispánica tienen poblaciones mestizas, mulatas o trihíbridas, amparadas por una sola *ciudadanía*. Himno, bandera, idioma, cocina, son hoy elementos comunes a los tres grupos. Para estudiarlos es

necesario, disociar o separar raza y *cultura*, raza y *nación*, raza y *ciudadanía* y, finalmente, raza e *identidad*. Bélgica es un Estado binacional que aloja en su estructura jurídica constitucional a dos pueblos: a flamencos y a valones.

Todas las constituciones políticas comienzan por mencionar al *pueblo* que la proclama, a la *nación* en nombre de la cual se consagra, antes de llegar a la descripción de los poderes del *Estado* que defenderá a ese pueblo y a esa nación. Inmediatamente después, las constituciones se refieren a los símbolos patrios: himno y bandera; señalan factores unitivos de la población: lengua y religión. Luego se aborda el tema del *territorio* y a seguidas el de la *nacionalidad*.

Las constituciones suelen definir la nacionalidad por uno de dos caminos: el *jus soli* o el *jus sanguinis*. O la sangre o el territorio; o la “etnia” o el nacimiento. Los países con poca población preferían el *derecho del suelo*. “Gobernar es poblar”, decían los próceres argentinos. Esto reza, especialmente, para los estados que se asentaron en los extensos territorios del Nuevo Mundo. Cuando el territorio es pequeño y la población numerosa, entonces las élites gobernantes invocan el *derecho de la sangre*. Los Estados Unidos de América es el mayor ejemplo de apertura a los emigrantes, de aplicación del referido principio constitucional llamado *jus soli* o derecho del suelo. Los pequeños países europeos han tenido una política estrictamente inversa. Establecer dificultades para la obtención de la ciudadanía es una forma de protección frente a los extranjeros, sean invasores, inmigrantes o simplemente extraños de “otra etnia”.

Las agrias disputas sobre Alsacia-Lorena que protagonizaron alemanes y franceses *añadieron aspectos nuevos* al problema de la *identidad*. Por la sangre o la biología Alsacia-Lorena era alemana; el territorio, sin embargo, y los intereses sobre él, constituían una cuestión política; pero las gentes de Alsacia-Lorena preferían ser franceses “por elección y voluntad”, como afirma Edgar Morin. Surge entonces el inesperado asunto de la decisión democrática de los habitantes de una región. Tierra, raza, voluntad. Los sentimientos de las perso-

nas están conectados con su cultura, sus intereses y, sobre todo, con la percepción de su *identidad* comunal.

En América hemos querido “fundar” naciones que se parezcan a las naciones “modélicas” de la vieja Europa. Hemos imitado de dichas naciones la organización política, las instituciones de derecho, las ceremonias sociales, vestimenta y adornos, así como su literatura y artes. Claro está, eso no es posible hacerlo íntegramente; es preciso introducir modificaciones, parches o remiendos, porque nuestras historias son completamente distintas de las historias de los países europeos. Diferentes son los prejuicios, las costumbres, los componentes étnicos, la estratificación social. Todas las sociedades son “organismos” resultantes de una historia particular irrepetible.

Esta es la causa de que algunos pasos de la historia americana tengan el aspecto de una mascarada. Junto a acciones y obras de verdadera humanidad y de empujado heroísmo, brotan excrecencias salvajes, risibles, carnavalescas. Arturo Uslar Pietri, en su novela *La isla de Robinson*, pone a hablar a Simón Rodríguez, maestro de Bolívar, acerca de “aquellos pueblos americanos en revuelta continua”(…) “le contaba las cosas que había visto en Bolivia, en el Perú, en Chile. La pléthora de necios, de fatuos, de ignorantes que pretendían dirigir a unos pueblos impreparados para la vida política”. “El ciego que conduce a otro ciego”. Intentamos establecer un orden democrático sin tener el número suficiente de demócratas.

No es posible copiar al pie de la letra los buenos ejemplos del orden político europeo; es como vestir el cuerpo de un flaco con un traje hecho para un gordo. Pero sería aún peor reproducir los malísimos ejemplos de las guerras religiosas o étnicas, de los feroces enfrentamientos y matanzas de los *nacionalismos excluyentes*, que han assolado a Europa. Un continente mestizo puede y debe superar esas visiones unilaterales de limpieza racial, de etnias privilegiadas o “superiores”.

Ahora asistimos a un nuevo ascenso de los nacionalismos, en Austria, en Holanda. El extremista francés de derechas,

Jean-Marie Le Pen, gana cada día más apoyo en varias regiones de su país. Él opina que “la desigualdad entre razas está demostrada”. También piensa que la muerte de millones de judíos en las cámaras de gas es “un detalle desafortunado de una realidad que no se ha entendido del todo bien”. La América mulata y mestiza debe rechazar ese camino autodestructivo.

América: cohesión social en curso

III

“El antiguo internacionalismo había subestimado la formidable realidad mitológica religiosa del Estado – nación. Se trata en adelante, no solo de reconocerla, sino también de no pretender abolirla”.

Edgar Morin

A esta frase de Edgar Morin habría que añadir que no solo no debe intentarse abolir esa “formidable realidad” que es la nación; tampoco es lícito pretender fosilizar la idea nacional e impedir su desarrollo, transformación o evolución. La “formidable realidad” del Estado-nación no es únicamente mítico-religiosa. Fustel de Coulanges, en su extraordinario libro *La ciudad antigua*, explica los orígenes religiosos de la *polis* griega y de la *urbs* romana. El Estado-ciudad es el tema central de este autor clásico; pero es claro que los modernos Estados-nación prolongan y participan de esos arranques mítico-religiosos. Sin embargo, la fuerza actual de los sentimientos nacionales procede de intereses económicos y de vínculos anudados por las costumbres profanas. Las naciones de hoy son hijas de la desaparición del feudalismo, absorbido o integrado por la monarquía absoluta. Con las monarquías, hubo territorio nacional, leyes nacionales, soberanía nacional, moneda nacional, ejército nacional, himno nacional. Surgió entonces algo decisivo: el “mercado nacional”. Es decir, cien ciudades sometidas a la autoridad de un solo Estado y de un gobernante único que las representaba a todas.

Casi todos los grandes tratadistas contemporáneos de los problemas de la nación y del nacionalismo son personas que desde su nacimiento, o a través de la historia vivida por sus padres, han sufrido traumas colectivos. Ese es el caso del filósofo y sociólogo Edgar Morin, nacido en 1921, combatiente voluntario en la resistencia francesa durante la Segunda Guerra Mundial. El autor de *Tierra-patria*, de *Una política de civilización*, de *La complejidad humana*, refleja en sus obras el impacto de sus experiencias personales y las de su comunidad.

También ese es el caso de Ernest Gellner (1925 – 1995), filósofo y antropólogo de nacionalidad británica, nacido en Chequia y fallecido en Praga. Checo-Eslovaquia es una zona del planeta bajo la constante influencia de las grandes potencias del viejo mundo, antiguas y modernas. Rusia, Alemania, el imperio austro-húngaro, han zarandeado esa región durante siglos. La guerra de los Treinta Años comenzó con la famosísima defenestración de Praga. La llamada república checoslovaca se formó con la reunión de Moravia, Bohemia, Silesia y Eslovaquia, en 1918, al concluir la Primera Guerra Mundial. Gellner conoció directamente las sañudas pasiones nacionalistas de bohemios, alemanes y polacos.

Ocurre igual con Benedict Anderson, nacido en 1936 en China, de padre irlandés y madre inglesa. Anderson es un experto en los problemas de Indonesia, país donde redactó la mayor parte de su tesis doctoral mientras trabajaba como profesor asistente en la Universidad de Cornell. Indonesia es un archipiélago poblado por diversas etnias, con enormes diferencias religiosas, culturales, idiomáticas. Por estas islas han pasado portugueses, franceses, españoles, ingleses y holandeses. Empresarios europeos instalaron en Indonesia factorías y negocios comerciales monopólicos. Los holandeses practicaron allí “una segregación racial completa”. En Indonesia se discute todos los días acerca de las ventajas de la “unificación nacionalista” frente a la diversidad religiosa, cultural y étnica.

Benedict Anderson estudió el problema de las naciones nuevas que son desprendimientos de viejos imperios. Lo cual

es importantísimo para entender a las naciones de la América hispánica, que se zafaron de la tutela colonial cuando España fue invadida por las tropas de Napoleón. Se apoya mucho en una obra del historiador inglés John Lynch: *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*. Lynch explica en ese libro que Bolívar no se atrevió a pedir la abolición de la esclavitud porque “temía el resentimiento de los grandes terratenientes”, blancos, españoles.

En 1821, al convertirse Bolívar en Presidente de la Gran Colombia (Venezuela, Nueva Granada y Ecuador), obtuvo del congreso una ley mediante la cual se liberaba a *los hijos de los esclavos*. San Martín promulgó un decreto para reconocer a los indígenas o indios como ciudadanos peruanos. Bolívar había huido a Haití en 1816; y prometió entonces al Presidente Alexander Petión abolir la esclavitud “en todos los territorios liberados”. Las diferencias raciales, sociales, culturales, de las poblaciones americanas, determinaron patrones peculiares para la integración nacional; y para la forja de la identidad.

Al tocar el tema de Haití, Pétió y Bolívar, es pertinente mencionar al doctor José Núñez de Cáceres, gestor de la primera independencia del Santo Domingo español, proclamada el 1ro. de diciembre de 1821. Núñez de Cáceres, junto a otros siete ciudadanos, redactó el *Acta Constitutiva del Gobierno provisional del Estado Independiente de la parte Española de Haití*. Este documento constitucional merece ser comentado por varios motivos: Núñez de Cáceres pone la entidad política recién creada bajo la protección de la Gran Colombia. Bolívar, presidente de la Gran Colombia, había recibido ayuda militar de Petión a su paso por Haití en 1816. A este presidente le sucedió Jean Pierre Boyer en 1818. Como todos saben, la invasión de Boyer a la porción española de la isla de Santo Domingo ocurrió el 9 de febrero de 1822, setenta días después de la proclamación de la independencia. Se ha dicho que Bolívar, agradecido por la ayuda de los haitianos, no objetó la invasión de los antiguos esclavos a un territorio “pertenciente”, de manera formal, a la Gran Colombia. También se dice que Bolívar nunca recibió la comunicación de Núñez de

Cáceres.

Discusiones acaloradas suscita en nuestro país el hecho de que Núñez de Cáceres no aboliera la esclavitud. Algunos historiadores achacaron la invasión de Boyer, precisamente, a que los esclavos no fueron liberados. Investigar las causas de la invasión haitiana de 1822 no es tarea prevista en este trabajo, limitado al tema de la identidad de los pueblos. No obstante, nos parece que dar tierras a los soldados licenciados tras la muerte del rey Cristóbal podría ser una de ellas; además, después de la caída de Napoleón y de la celebración del Congreso de Viena, se hablaba en Europa de una probable “restauración de los borbones”. Boyer, tal vez, aprovechó la acción de Núñez de Cáceres para ocupar toda la isla sin ofender a los reyes de España; y así prevenir que los borbones españoles – en el poder desde 1700 -, prestaran el territorio vecino de Santo Domingo a los franceses, fueran borbones o no. Boyer continuó y extendió la reforma agraria que Petión comenzó, al repartir las tierras de las grandes plantaciones francesas.

Es de sobra conocido que Thomas Jefferson no abolió la esclavitud. El gran prócer norteamericano, redactor de la *Declaración de Independencia* y tercer presidente de los Estados Unidos, llamaba a la esclavitud “institución peculiar”. Mantener seres humanos sometidos a la esclavitud no parece congruente con la idea motriz de la *Declaración de Independencia*: “todos los hombres han sido creados iguales...están dotados de “derechos inalienables”...”esos derechos incluyen la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”. Los esclavos de los Estados Unidos debieron esperar hasta 1863, cuando Abraham Lincoln – presidente #16 – les dio la libertad. Núñez de Cáceres, al igual que Jefferson, no abolió la esclavitud; sin embargo, su *Acta Constitutiva* dispone, en su artículo 9: “ *Son ciudadanos del estado independiente de la parte española de Haytí todos los hombres libres de cualquier color y religión que sean, nacidos en nuestro territorio, o aunque lo sean en país extranjero, si llevasen tres años de residencia o fueren casados con muger natural. En ambos casos harán constar*

los interesados al Gobierno las respectivas circunstancias por medio de una información ante los Alcaldes municipales...” En los artículos doce y trece del Acta Constitutiva, dedicados a explicar en cuales casos se suspenden los derechos de los ciudadanos, se especifica que las personas que no saben leer no pueden ser elegidas pero si pueden elegir. Una previsión que hace mucha falta en la Constitución vigente de la República Dominicana.

Europa es un continente estremecido durante milenios por guerras dinásticas, religiosas, étnicas, ideológicas, imperiales. Europa es un “muestrario” inmenso de las *diferencias humanas*. Banderas, lábaros, gallardetes, insignias, blasones, adornan las puertas de casas y palacios medievales. Los especialistas en heráldica “descifran” el significado de los escudos de ciudades, de nobles, de reyes y señores. Antiguas pugnas y bien asentados prejuicios sostienen ese tinglado o armazón. A los “improvisados” ciudadanos de los nuevos países de América les da trabajo comprender claramente tan complejas estructuras de odios y desdenes recíprocos.

Discursos, ideologías, maneras de hablar

IV

Ideología es para los marxistas sinónimo de falsa conciencia; la ideología es un *discurso* de ocultamiento; un recurso mediante el cual las clases superiores ocultan la realidad de su dominación, justificándola con argumentos de “hermoso aspecto”. Para Max Weber la ideología es un sistema de “legitimación institucional”; la autoridad política no puede ser ejercida en todo momento por medio de la violencia; necesita de instrumentos racionales, legales, de persuasión. También para Weber se trata de un *discurso*. Entre los diversos *discursos* ideológicos destaca el nacionalismo, a juicio de autores contemporáneos muy prestigiosos. Los lingüistas de hoy dan a la palabra *discurso* un valor estrictamente ideológico. El uso ordinario de este vocablo va dirigido casi siempre a la oratoria o a la literatura. En el mejor de los casos las ideologías son mi-

radas como conjuntos de ideas generales que tienden, proyectivamente, hacia situaciones que no se realizan nunca plenamente. Aspiramos a cumplir con ciertas normas éticas, políticas, administrativas, que no logramos alcanzar del todo. Para Karl Mannheim las ideologías pueden estar subsumidas en “ideales”. En su libro *Ideología y Utopía* Mannheim presenta al cristianismo como ejemplo de doctrina de cumplimiento aproximado o relativo, de imposible realización plena, pero eficaz para mejorar conductas sociales injustas o crueles.

Los lingüistas estiman que toda lengua es, por sí, una prisión sintáctica y simbólica que condiciona nuestro pensamiento y, por tanto, la intelección de la “realidad objetiva”. El papel que otorgaba Kant al “sujeto cognoscente”, los lingüistas lo trasladan a la lengua. Según Kant, no conocemos las cosas tal y como ellas son sino como nuestro entendimiento nos permite conocerlas. La novedad de su filosofía consistió en afirmar el primado del sujeto: las cosas todas, en tanto que conocidas, han de adaptarse a mi “retícula cognoscitiva”, esto es, a nuestra estructura categorial. Los antiguos griegos y latinos suponían, ingenuamente, que conocimiento era *adecuación* o ajuste entre el pensamiento y la realidad. Consideraban que los objetos naturales, externos al sujeto, constituían el centro de la operación mental que es conocer. Los modernos colocaron el acento sobre el sujeto, sobre el hombre que busca o intenta conocer el mundo. En últimas cuentas, el conocimiento es algo que ocurre en el interior del hombre. No tiene lugar dentro de las piedras, debajo de la corteza de los árboles. El conocimiento es, sin duda, un “acto ponente” del sujeto.

Los lingüistas están convencidos de que el hablante que dice una frase se somete al pronunciarla a unas reglas que condicionan su “capacidad enunciativa”. La lengua trae en su entramado significativo, en la historia misma de sus vocablos, una ideología que nos atrapa. La lengua funciona del mismo modo que una horma. El orden de los distintos miembros de la oración – la sintaxis de cada idioma - , oblitera, tuerce o aplasta nuestra comprensión: falsifica nuestra racionalidad. La len-

gua condiciona “la posibilidad de *la experiencia*”, hace inaccesibles al conocimiento los “*objetos de la experiencia*”, para decirlo en el lenguaje técnico kantiano. Los lingüistas restauran el punto de vista filosófico idealista, mientras suponen que hacen un “trabajo de campo” absolutamente científico, objetivo, incluso materialista.

Por eso algunos lingüistas pretenden dar lecciones sobre los “*discursos nacionalistas*”, que son para ellos meramente ideológicos, encaminados a obtener resultados prácticos, en el orden social o en el campo político. Los lingüistas sustituyen la visión apriorística de Kant por la realidad previa de la lengua, que antecede al acto de formular un razonamiento, una predicación cualquiera.

La lingüística contemporánea, “una ciencia de campo reducido” – como la llamaba Pedro Henríquez Ureña -, ha ido transformándose en una filosofía caleidoscópica, totalizadora, que da respuesta a problemas semánticos, explica las literaturas, desentraña los misterios epistemológicos, aclara las diferencias de sensibilidad en las clases sociales, desmitifica los conceptos de Estado, nación, patriotismo, obediencia o sumisión. La lingüística es una suerte de panacea intelectual, panóptica y “superapofántica”. La sociolingüística apunta en línea recta hacia una política del lenguaje. Por lo menos una buena parte de su *corpus* doctrinal tiene ese carácter omniabarcante.

El estudio de símbolos y mitos nos ha llevado, de la mitología tradicional a secas, a una “mitología científica”, al cerrado análisis “gramaticoso” o lingüístico-distintivo, esto es, a la pulverización de la realidad en mitemas, lexemas, morfemas.

Al examinar el problema de la *identidad* de los pueblos topamos con los rígidos “usos académicos”, impuestos o establecidos por los lingüistas y los marxistas. Las universidades disponen actualmente de cientos de estos “escolásticos” de nueva hechura, que ya no son aristotélicos ni continúan la tradición de los doctores de la Iglesia.

En el *Manifiesto comunista* aparece la famosísima frase: “proletarios del mundo, uníos”. Marx mismo fundó la Primera

Internacional. El marxismo es una teoría general de la historia montada sobre conceptos económicos, sociológicos, filosóficos; postula una acción política esencialmente internacionalista. Según la doctrina comunista ortodoxa las clases dominantes movilizan militarmente a los obreros para que libren guerras en defensa de los intereses de sus opresores. Para ello se valen de los sentimientos nacionales, de las ideas de patria, amor a la tierra o defensa del suelo. Este *discurso* ideológico es considerado un instrumento de dominio. El nacionalismo es, por tanto, algo ajeno a los intereses de la clase obrera.

Marxistas y lingüistas no admiten la validez objetiva de los sentimientos nacionales cuando se expresan colectivamente, sea a través de un partido o desde el poder del Estado. Para muchos marxistas “el nacionalismo es una expresión de intereses burgueses”. Elie Kedourie afirma: “La investigación histórica del nacionalismo pretende averiguar cómo se produjo este *modo de hablar* sobre la política...”. Se trata, pues, de “una manera de hablar”, de una ideología lindante con la aberración. A la actitud antinacionalista de los marxistas se ha sobrepuesto la fobia antinacional de los partidarios de la globalización de la economía. Estos puntos de vista irreductibles, de rechazo de la nación, han producido irritaciones en la Europa comunitaria, transnacional, multilingüe y multiétnica. En primer lugar entre los grupos conservadores o tradicionalistas. En Holanda, en Austria, en Francia, los movimientos políticos de extrema derecha empuñan banderas nacionales, asumen posturas nacionalistas o ultra patrióticas. Marine Le Pen, candidata a diputada en las elecciones francesas del año 2002, ha dicho: “*Toda la bella construcción intelectual de Europa volará en pedazos...no cederemos a las demandas de unos tecnócratas a los que el pueblo no ha elegido*”. Esta expresión amenazadora de la hija de Jean Marie Le Pen encuentra eco en muchas regiones de Francia. A los esfuerzos comunitarios para construir la *transnación* se opone un intenso sentimiento nacional. Se invoca la diversidad contra la uniformidad, la pluralidad frente a la unificación.

Antes que ideología, *discurso* o aberración, el sentimiento nacional es un fenómeno de psicología social, que abarca a pobres y ricos, que se confirma cada día por la costumbre, que tiene a cuestas una tradición de varios siglos. Para colmo, se incrementa con la educación, como lo admite el sociólogo Ernest Gellner en su libro *Naciones y nacionalismo*. Los intereses económicos inmediatos de grupos y clases en la Unión Monetaria Europea, apagan o moderan las protestas nacionalistas, mas no logran sofocar la *persistente* identidad de cada nación. Gellner, como hemos apuntado ya, es de nacionalidad británica pero nació en Chequia. Bohemia, Moravia, Polonia, Eslovaquia, Silesia, son lugares donde nacionalismos encrespados y *excluyentes* han sido fuerzas destructivas mortales. Los nativos de estos países, cuando tienen oportunidad de viajar a regiones mejor integradas, mas ricas, con homogeneidad racial y cultural, reflexionan agudamente sobre el carácter de los sentimientos nacionales.

No obstante, es preciso recordar al lector que América no es como Europa. En el viejo continente podrían volver a estallar guerras étnicas, enfrentamientos nacionalistas, luchas regionales, que no deberíamos nosotros imitar ni reproducir.

El propio Gellner cita a Elie Kedourie a propósito de los conflictos que los europeos han creado al intervenir o colonizar otros pueblos: “*No se puede poner en duda el hecho de que Europa ha sido el origen y el centro de un trastorno profundo y radical que se ha extendido por todo el mundo en oleadas cada vez más grandes, llevando la inestabilidad y la violencia a sociedades tradicionales de Asia y Africa, tanto si han experimentado directamente un gobierno europeo como si no [...]*”. Entre las causas de estos trastornos Kedourie señala: “La violenta apertura de las economías autosuficientes”.

En realidad, las ideologías son, a la vez que sistemas de *ocultamiento*, o de embellecimiento ideal, instrumentos de *revelación*; de revelación o mostración de verdades permanentes. No es cierto que toda cultura de clase sea, enteramente, una patraña. La Escuela de la Sospecha nos ha enseñado a ser suspicaces: Freud nos dice que debajo de las su-

blimaciones mas tiernas está presente el sexo, una fuerza biológica impetuosa que busca satisfacción. Marx grita que tras los argumentos falaces de los grupos privilegiados está el interés económico rampante. Nietzsche quiere demostrarnos que detrás de las refinadas obras de arte producidas por el hombre yace, agazapada, la voluntad de poder.

Los sociólogos representantes de la llamada *sociología del conocimiento* explican que el teorema de Pitágoras fue utilísimo para la agrimensura en Egipto y, desde luego, para la casta gobernante de propietarios de tierras. Pero no logran explicar por qué las verdades apodícticas que se desprenden del teorema son inteligibles y valederas para ricos y pobres, desde la antigüedad hasta nuestros días.

El conocimiento científico, para ser tal, debe reunir el razonamiento con la prueba experimental. Ninguna de las mal llamadas “ciencias sociales” puede aspirar a tantísimas exigencias metódicas. Lingüistas, sociólogos, antropólogos culturales, han de contentarse con cultivar *disciplinas* con menos certidumbres que las ofrecidas por la ciencias naturales.

Finalmente, vale la pena anotar que algunos antropólogos sostienen que la inteligencia humana es anterior al lenguaje humano; que este último es una de las creaciones de la inteligencia; y el lenguaje se ensancha continuamente con nuevas posibilidades intelectuales y sentimentales. Es probable que la razón en el hombre sea una potencia en desarrollo que aún no ha terminado su evolución. Quizás esas crecientes fuerzas racionales nos permitan, en lo futuro, librarnos con poco esfuerzo de las trampas del lenguaje.

“Tribus nacionales”...grandes y pequeñas

V

El itinerario que hemos cumplido hasta ahora comenzó con mostrar la persistencia de la identidad a través de larguísimo tiempo. Pusimos ejemplos del pasado remoto, del pasa-

do reciente y de la época actual; al mismo tiempo, afirmamos que la identidad en los pueblos no puede estudiarse desde puntos de vista inmutables, substancialistas, eleáticos. La identidad es persistente y también mutante; precisamos que la persistencia es prolongada y la mutación lenta. Para entender la mutación debemos examinar los diversos “campos pragmáticos” que los pueblos afrontan para sobrevivir a las transformaciones de las estructuras económicas, a los vaivenes de la política de las naciones influentes o poderosas.

Es menester separar o aislar los conceptos del pueblo, etnia, Estado, nación, identidad, raza, cultura. Asuntos todos que se nos aparecen en bloque, formando una espesa malla de confusiones involuntarias. Es necesario también resaltar las diferencias entre viejas y nuevas naciones – Europa y América -, así como entre estados racialmente homogéneos y aquellos que no lo son.

Las investigaciones contemporáneas acerca de la nación y el nacionalismo tienden a mostrar la pequeñez de las unidades nacionales o su anacronismo, si se las mira desde una organización económica más abarcadora. Las naciones son vistas como si fuesen tribus antiguas que, alguna vez, tuvieron funciones “antropológicamente justificadas”. Si las “tribus nacionales” constituyen entidades periclitadas, los “nacionalismos tribales” son entonces poco menos que actitudes residuales de carácter arcaico. Los sentimientos nacionales de hoy, estimulados por la voluntad de los estados o por las elites dominantes, son “modos de hablar sobre la política”, meros “discursos”, pura ideología o falsa conciencia.

En los primeros cuatro apartados de este estudio hemos tratado dichos temas de manera sucinta, a fin de que el lector pueda avanzar algunos pasos con relativa seguridad. Los viejos antropólogos describían las primitivas familias, clanes, fratrías, tribus, partiendo del concepto de parentesco y, por otra parte, de las formas de subsistencia y producción. Los grupos humanos fueron clasificados como cazadores, nómadas criadores de ganado, agricultores sedentarios. Las tribus podían ser endogámicas o exogámicas: reproducirse dentro

del grupo, con los consiguientes riesgos genéticos, o mezclarse con otras tribus vecinas. Las explicaciones sobre la prohibición del incesto en los pueblos antiguos forman ya una copiosa literatura. Evitar el incesto *amplificaba* la familia, los clanes, hacía integrables las tribus cercanas. El régimen primitivo de clanes aparece en Australia, Asia Central, entre los indios iroqueses de Norteamérica. *Clann* es una expresión celta que indica procedencia paterna, hijo de. Irlanda y Escocia son dos ejemplos conocidos. En esos países los clanes se distinguen por las partículas O (de) y *Mac* (hijo de). Aclarar el origen de la descendencia, el parentesco, es esencial para el grupo.

Las grandes tribus son capaces de conquistar, integrar o absorber, a las pequeñas tribus. Ocurrió así en la América precolombina, en la Europa pre-clásica, en Asia, en África. Ahora vemos florecer a nuestro alrededor críticas a la nación y a los nacionalismos con sobra de subterfugios, artimañas argumentales y endebles ideologías. Ernest Gellner, en una nota que añade a su libro *Naciones y nacionalismos*, se ve obligado a aclarar: *“No es nuestro propósito negar que el género humano siempre ha vivido en grupos. Al contrario, lo ha hecho en todas las épocas. Generalmente tales grupos perduraban. Factor importante para ello era la lealtad que los hombres sentían hacia esos grupos y el hecho de que se identificaran con ellos. Este elemento de la vida humana no necesitó aguardar una clase concreta de economía para existir”*.

En un artículo publicado en 1993, después de echar por tierra la afirmación de Renan que la nación es “un plebiscito cotidiano”, Gellner descubre que junto a lo que un pueblo recuerda o conserva de su historia...también está todo lo que olvida. Que da lo mismo definir la nación como “memoria colectiva” que como “amnesia colectiva”. No obstante, Ernesto Renan resulta al final fortalecido: *“Aunque los franceses – como pretendía Renan – hayan borrado el recuerdo de sus orígenes galos, francos, borgoñones o normandos, eso no los distingue en nada de aquellos a los que por contraste designa: el campesino anatolio tampoco sabe si su antepasado atravesó Syr-Daria, o si fue celta, griego, hitita o formó parte de*

cualquier otro de los grupos de protohabitantes de la región". Ernest Gellner nos dice en los párrafos que preceden a esta cita: "El imperio otomano toleraba a las demás religiones...Estaban éstas, sin embargo, estrictamente separadas de los musulmanes, en el seno de sus propias comunidades distintas. Nunca pudieron mezclarse libremente con la sociedad musulmana, como habían hecho antes en Bagdad o en El Cairo... Si el converso era fácilmente aceptado, los no conversos estaban tan completamente excluidos que, incluso hoy, *quinientos años después de la toma de Constantinopla, ni los griegos ni los judíos de la ciudad han dominado aún la lengua turca*". En este caso, el Estado obliga a esas poblaciones a no olvidar sus orígenes, a pesar de ser el imperio otomano una entidad política multinacional, compuesta por turcos, eslavos, griegos, armenios, árabes, sirios, kurdos. Gellner reconoce a la "amnesia compartida", que subrayó Renán, un papel esencial en la creación de las naciones; tan básico como el de los "recuerdos compartidos". Finalmente, Gellner vuelve a abordar la doctrina del "plebiscito de cada día": "Conjuntos políticos definidos en términos religiosos recibieron ampliamente, en el pasado, la lealtad de sus miembros, ritualmente confirmada. Eran fruto, si no de un plebiscito de cada día, sí, al menos de *un plebiscito de todos los días de fiesta* – y las festividades rituales eran muy frecuentes" -. A esto hay que agregar: "lo que se incorpora"; lo que se recuerda, lo que se olvida y lo que se recoge en el camino de la historia. El mayor registro de estas *incorporaciones* lo componen la lengua y los hábitos de cocina.

Existen actualmente otras curiosidades y contradicciones en el mundo académico. Un profesor de la Universidad de Manchester, John Breully, hace notar que Anthony D. Smith, el teórico del nacionalismo más citado hoy, se ve en el trance de negar que el nacionalismo alemán sea una forma de nacionalismo, *"simplemente porque su credo de desigualdad racial es incompatible con la visión nacionalista de una pluralidad de naciones únicas y libres"*. El nazismo queda así excluido de las ideologías nacionalistas. Los nazis, según Breully,

abolieron el término “clase social” para sumir toda la nación en el concepto de raza. El nacionalismo más excluyente agresivo y perverso, de toda la historia contemporánea, queda “exculpado” teóricamente por no caber en la cuadrícula conceptual del señor Smith. Los alemanes, una raza “superior”, pretendían tener derecho a exterminar a los judíos, una raza “inferior”.

Breully, por otra parte, intenta demostrar que los nacionalismos son obra de los estados; que la identidad de los pueblos no es anterior al Estado sino que el Estado promueve “el sentido de identidad para movilizar apoyo popular”. Este es un esfuerzo intelectual contra-natura porque la organización estatal surge y se desarrolla cuando los pueblos están asentados en un territorio y no antes. La soberanía del Estado se ejerce sobre el territorio, y la *ciudadanía*, originariamente, viene a ser un derecho de los pobladores de ese territorio. Tanto en el Estado-Ciudad como en el Estado-Nación, los pueblos son realidades preexistentes a los estados.

Con la conformación de esquemas de integración económica regional se ha revitalizado la discusión acerca de las naciones. Las pequeñas unidades nacionales, se nos dice, no son capaces de enfrentar solas los desafíos económicos de “las grandes tribus nacionales desarrolladas”. Las viejas unidades débiles hacen arreglos para ser más fuertes, de la misma manera que los habitantes de una región árida hacen juntas de regantes para administrar el agua o asociaciones de productores para defenderse de enemigos comunes más poderosos.

En su libro *Nacionalismo y Estado*, el profesor Breully cita una resolución del Parlamento Húngaro, evacuada por el comité de las Nacionalidades en 1867: “*Desde un punto de vista político, todos los ciudadanos húngaros, sea cual sea la lengua que hablen, forman una sola nación, la nación húngara, unida e indivisible, que se corresponde con el concepto histórico del Estado húngaro*”.

Los húngaros han sufrido grandes tensiones a causa de los imperios poderosos que rodeaban su territorio y limitaban su nacionalidad. La *identidad magiar* sobrevivió a las presio-

nes de rusos y alemanes, y al control del imperio austro-húngaro. El texto citado refleja las tácticas de subsistencia que podían emplear, en 1867, los grupos sociales más fuertes y activos de Hungría. Pero eso no prueba que los nacionalismos sean creación de los estados. Los estados usan, abusan, excitan o deprimen, los sentimientos nacionales, al hilo de sus intereses generales, políticos o económicos. Napoleón, emperador de los franceses, desde fuera de la Europa del Este, solía excitar el nacionalismo de los húngaros contra los rusos y contra los austriacos. Esos sentimientos nacionales existían; Napoleón se limitaba a manipularlos para sus propios fines.

Es posible que una buena parte de los argumentos antinacionales ahora en boga sean meros “discursos”, ideologías construidas para uso de las “grandes tribus”, con la finalidad de abrirse el camino hacia la conquista de los mercados de las “pequeñas tribus”. Las naciones débiles deben abrir sus fronteras a las mercancías de las naciones fuertes; deben cambiar las legislaciones concernientes a la inversión extranjera, con el propósito de facilitar los negocios de las “grandes tribus nacionales”. Integración es un vocablo que sugiere agrupación de varios elementos para formar una entidad mayor, integración, por otro lado, es algo que *facilita el control o la administración “unitaria” de la economía de un territorio*. Con la integración se supone que los mercados se amplían, en primer lugar para las empresas de los países integrados; pero también para los grandes países desarrollados que comercian actualmente con cada nación y que comerciaran en lo futuro con la unidad resultante de la integración.

La contratapa de *Naciones y nacionalismo*, de Ernest Gellner, desde sus primeras líneas, informa al lector: “contrariamente a las creencias populares e incluso académicas, el nacionalismo *no tiene unas raíces demasiados profundas en la psicología humana*. Tampoco posee fundamento científico la concepción de las naciones como bellas durmientes de la historia que sólo necesitan de la aparición de un príncipe encantado para transformarse en estados”. Es obvio que no existen “bellas durmientes de la historia”, ni tampoco príncipes encan-

tados. Pero sí existen líderes que encarnan, en algún momento, los sentimientos de grupos humanos que no han constituido naciones ni organizado estados, esto es, aparatos políticos coercitivos.

La nota de la contratapa señala que son miles los grupos étnicos o culturales que “han renunciado a luchar para que sus culturas homogéneas dispongan del perímetro y la infraestructura necesaria para alcanzar la independencia política”. Es cierto esto último; pero es igualmente cierto que otros miles de grupos luchan o han luchado por tener un puesto en el mundo. Probablemente los sufridos Kurdos tendrían un Estado, de no oponerse a ello los estados que circundan los territorios donde habitan. Aun aquellos pueblos que sucumben por la fuerza, que van a parar al “sumidero de la historia”, enriquecen el léxico de lenguas más amplias, con más desarrollo y mayor número de hablantes. Ese fue el caso de los Taínos en la isla de Santo Domingo. Ocurre igual con pueblos de hoy que adoptan lenguas fuertes más cultas, a la vez que aportan voces de su idioma a la lengua que los engloba.

Una ideología suele ser combatida con otra ideología. Las grandes integraciones transnacionales desconfían de las naciones emergentes que actúan fuera de su espacio de asiento o de su ámbito de influencia. El profesor Francisco Murillo, en el prólogo de *Nacionalismo*, de Ellie Kedourie, nos dice que a las antiguas naciones les llegó la hora de cantarles el *réquiem*, y a las naciones nuevas habría que dedicarles la *Pavana para una infanta difunta*. Irónicamente, el profesor Murillo sugiere que a las naciones debemos referirnos con el tono y a la manera de Marcel Proust: como la búsqueda del tiempo perdido.

Entre las naciones pequeñas y las grandes empresas de integración económica regional, hay la misma relación que *entre el poder y la libertad*. El jurista Le Henaff, citado por Luis Legaz y Lacambra en su libro *Humanismo, Estado y Derecho*, dice que “*no existe diferencia entre el poder y la libertad, pues el poder no es más que una libertad que domina a las otras y la libertad un poder que, no logrando imponerse, se hace al*

menos, respetar". Presenciamos hoy un espectáculo histórico de grandes proporciones. Los nacionalistas radicales proponen programas "antidecadenciales"; sus opositores postulan una "identidad en tránsito" hacia la "uniformidad global". *Nacionalitarios* y globalistas emplean armas políticas, ideológicas, propagandísticas. Pero *nación* es sólo unidad política, mientras que *identidad* es cohesión vital de muchedumbres.

La literatura *antinacionalista* podría tener justificación por los excesos históricos del fanatismo patriotero; no así la literatura *antinacional*, pues son naciones, precisamente, las que han producido las organizaciones *transnacionales*. Aquellas naciones mejor integradas hacia adentro han podido iniciar la nueva integración hacia fuera. La nación integra tribus y regiones, integra lenguas y provincias, integra razas, e incluso genera la integración con otras naciones. Familia y nación son dos "organismos" sociales extremos de grandísima fecundidad cultural, económica y política.

Organizaciones sociales de complejidad creciente

VI

El proceso de *integración* de los pueblos no se ha detenido nunca. No se trata de un fenómeno nuevo. Ocurría en la Grecia antigua con las ciudades-Estado. Los atenienses eran completamente distintos de los corintios y de los espartanos. La Guerra del Peloponeso se prolongó durante veinte y siete años. El triunfo de los lacedemonios sobre los atenienses, en 404 AC, tal vez haya sido el comienzo de una lenta evolución de los pueblos de la península de los Balcanes hacia la "uniformidad" posterior de la cultura griega. La famosa Liga Aquea fue una *confederación* de doce ciudades-Estado, creada para luchar contra Macedonia en 280 AC. No pretendía ser una unión permanente; pero duró más de un siglo.

Grecia estuvo dominada por los romanos, por los imperios

bizantino y otomano. Rodeada por albaneses, búlgaros, turcos, yugoslavos, Grecia ha recibido toda suerte de influencias. Los héroes homéricos, tanto aqueos como teucros, pertenecen hoy al mundo de la literatura arcaica.

En Francia, los normandos, bretones, borgoñones, ya son todos franceses. La lengua provenzal es un recuerdo erudito o una mera sobrevivencia cultural; pero no existe una nación o un Estado lemosín. Castellanos, gallegos, vascos, catalanes, son actualmente españoles, con todos los peros que se quiera interponer con justificadas razones históricas, étnicas o lingüísticas. El catalán se subdivide en seis variantes dialectales: leridano, valenciano, balear, barcelonés, alguerés, rosellonés. En Barcelona el sesenta por ciento de los habitantes sólo habla catalán; y los emigrantes que se asientan en Barcelona se catalanizan rápidamente. No obstante, se tiene a Barcelona por la ciudad más europea del reino de España, un Estado donde coexisten cuatro lenguas: español, catalán, gallego y vasco.

En Italia existen, claro está, zonas geográficas bien caracterizadas: Lombardia, Toscana, Liguria, Piamonte; los “naturales” de esos lugares, a pesar de amar sus particularidades regionales, son italianos “por encima de cualquier cosa”.

En el siglo XV, bajo los reyes católicos, España llegó a ser un Estado nacional que agrupaba pueblos diferentes, que empezó a influir sobre el resto de Europa a través de una “política nacional”. 1492 es la fecha del descubrimiento de América, de la derrota de los árabes en Granada, de la expulsión de los judíos de España. El sepulcro de Isabel de Castilla y de Fernando V de Aragón lleva una inscripción que les identifica como “postradores de los mahometanos y extintores de las herejías”.

Los imperios no solo transportan soldados y sojuzgan pueblos, también introducen ideas. El imperio romano era una fuerza militar organizada en una forma que no conocieron los griegos. Pero el imperio romano significaba, además, unas estrictas reglas de derecho, una arquitectura, una lengua riquísima, un estilo administrativo, una cultura digna de ser imi-

tada. Los imperios, como es sabido, “exportan ideas”.

No debe, pues, extrañar que las ideologías sean parte importante de los proyectos de dominio de las grandes naciones. Empezando por el idioma, usado como instrumento de control. El erudito don Ramón Menéndez Pidal escribió sobre el *“Arte de la Lengua Castellana”*, de Elio Antonio de Nebrija, una anécdota esclarecedora: *“La primera gramática de la lengua romance que se escribía en la Europa humanística fue escrita en esperanza cierta del Nuevo Mundo, aunque aún no se había navegado para descubrirlo. Pero el propósito de una gramática vulgar era cosa tan nueva que, al presentar el autor su obra en Salamanca a la Reina Católica, está preguntó para qué podía aprovechar tal libro; entonces el obispo de Ávila, el viejo confesor de la reina, fray Hernando de Talavera, a la sazón ocupado con entusiasmo en allanar las dificultades que Colón hallaba para su primer viaje, arrebató la respuesta a Nebrija, lleno de confianza, diciendo: “Después que Vuestra Alteza meta debajo de su yugo muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas, y con el vencimiento aquellos tengan la necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido, y con ellas nuestra lengua, entonces por esta arte gramatical podrán venir en el conocimiento de ella, como agora nosotros deprendemos el arte de la lengua latina para deprender del latín”* Una idea renacentista impulsa a Nebrija: España sueña con un imperio como el romano, y el español se igualara al latín pues a él parecía *“estar nuestra lengua tanto en la cumbre que más se puede tener el decaimiento della que esperar la subida”*.

Como es bien conocido, la Real Academia Española fue fundada en 1713, “por orden de Felipe V”, el primer Borbón español. Se quiso seguir la pauta trazada previamente para la lengua francesa por el cardenal Richelieu, artífice de la monarquía absoluta, ministro de Luis XIII, destructor de las fortificaciones feudales. Richelieu controló a la nobleza, arruinó a los hugonotes, fundó colonias y organizó el ejército. Edificó con su talento político el poder imperial de Francia. Las murallas de los feudos protegían particularidades nobiliarias, venta-

jas regionales o sentimientos de identidad cuasi nacionales. En la parte III de este trabajo se toca el tema del nacimiento del “mercado nacional” en los estados modernos.

Todos los imperios han necesitado montar un andamio ideológico “de exportación” que haga más llevadera la tarea de imponerse por la fuerza de las armas y de los negocios. El poder político se ejerce por la coerción, por la persuasión o la educación.

El propósito central de muchos ensayos recientes acerca de la *nación* es “demostrar” que el *nacionalismo* es una fórmula raquíta y obsoleta de legitimación política. Con frecuencia estos razonamientos son ideología interesada contra la “resistencia de las naciones pequeñas a la apertura de los exportadores extranjeros, productores más eficientes, con mayor calidad técnica, confiabilidad en el suministro, etc”. Los cambios en las sociedades industriales han hecho “perder legitimidad” a los puntos de vista nacionalistas, nos explican los pensadores-antinacion. Opinan algunos de ellos que el nacionalismo, o la defensa de la nación, ha sido una forma de preservar privilegios tradicionales de las elites gobernantes. Pretenden convencernos de que no se trata de “responsabilidades del liderazgo”, ni de una conducta moral orientada instintivamente a conservar la *identidad*. Es tan solo una ideología que aspira a eternizar el pasado, a “mantener las raíces”, a honrar a los “padres fundadores”. Una especie de “culto necrofílico” a un pasado muerto.

Académicos europeos emigrados a Inglaterra o a los Estados Unidos, procedentes de países arrasados por guerras civiles, religiosas, étnicas, racionalizan y transmiten sus terribles experiencias de persecución política. La elocuencia y la buena información cultural se juntan para producir en nosotros el rechazo de los excesos fanáticos de ciertos grupos políticos o religiosos en el Oriente Medio y en la Europa del Este.

José Stalin formuló la doctrina de la revolución en un solo país. Su punto de vista parecía ir a contrapelo de la opinión de Trotsky: la revolución *en todos* los países. En realidad, Stalin quería difundir la idea de “revolución en un solo país” para

aplacar los temores de las grandes naciones capitalistas; indicaba así que “no exportaría” la revolución. Se trataba de una táctica de relaciones exteriores que buscaba impedir que varios países se coaligaran contra la URSS. Se dijo entonces que la misión básica de los partidos comunistas, en todo el mundo, no era provocar una revolución en sus respectivos países; no, la tarea principal consistía en ayudar a la consolidación de la Unión Soviética. Pero la maniobra de relaciones exteriores se convirtió en una cuestión teórica del comunismo. Stalin, un cruel y astuto político, llegó a parecer un intelectual. Elie Kedourie observó que “no son los filósofos quienes se convierten en reyes, sino los reyes quienes logran servirse de la filosofía para su uso. Tal estilo político demanda una nueva clase de literatura: Lenin platica sobre empirio-criticismo; y Stalin explica los principios filológicos; Hitler comienza su carrera con *Mein Kampf*, mientras Abd al Nasir corona su feliz *coup d'état* con una *Filosofía de la Revolución*”.

El profesor Philip Wayne Powell publicó en 1971 su libro *Tree of hate*, esto es *Árbol de odio*, en el que muestra cómo ingleses y holandeses construyeron y difundieron una colosal impostura con el fin de desacreditar a España. La famosa *Legenda negra* contra España es una combinación de ideología y propaganda política. Así como la integración de los pueblos ha estado ocurriendo en todas las épocas, también en todas las épocas circulan “doxografías” destinadas a socavar resistencias mediante “discursos” melifluos.

En conexión con Stalin, quien fue Comisario de la Nacionalidades y la persona que comenzó la socialización de Rusia en 1928, es oportuno decir que la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), se disolvió por no haber sido formada por *consentimiento consciente*. Ucrania, Rusia, Georgia, Armenia, Azerbaidjan, eran *naciones* antes de la revolución bolchevique; y siguen siendo *naciones* hoy. La URSS las mantuvo unidas por la fuerza. La doble crisis, política y económica, las desgajó fácilmente porque estaban “pegadas con alfileres”...y vigiladas con bayonetas. La Unión Norteamericana, en cambio, es un Estado Federal creado con el *consenti-*

miento de los participantes; y las diversas poblaciones de los estados federados no constituyen naciones caracterizadas, con tajantes diferencias religiosas, étnicas, lingüísticas.

Abimael Guzmán, el líder peruano del grupo terrorista *Sendero Luminoso*, actualmente en prisión, exige a los miembros del movimiento que aprendan el quechua, el idioma de los pobladores originales del Perú. La lengua española es una lengua “extranjera”, impuesta por los colonizadores; es un instrumento ideológico “imperialista”. Sin embargo, el quechua se escribe con las *letras latinas* introducidas en América por los conquistadores españoles. En el momento del descubrimiento el quechua no tenía una grafía propia. Hubo que escribirlo con las letras del abecedario castellano. Para colmo, Abimael, además de llevar un apellido hispánico, es marxista, o sea, partidario de una doctrina alemana, europea, blanca, “imperialista.”

Los pueblos son interpenetrados por las culturas. Ningún pueblo es impermeable a la cultura ajena: los japoneses son un pueblo oriental, de raza amarilla, con una viejísima literatura, que practica costumbres milenarias. Pero Japón ha adoptado las técnicas y las ciencias occidentales y es hoy un creador oriental de técnicas occidentales. La vida civil en las grandes ciudades japonesas es parecida a la de muchas ciudades norteamericanas.

Alemanes, italianos, franceses, siguen siendo alemanes, italianos, franceses, después de haber firmado los cuerdos de Maastricht y establecido la Unión Monetaria Europea. Al mismo tiempo, esos alemanes, franceses, italianos, se sienten adscritos a la cultura europea. Descartes no es un personaje de la cultura francesa; el *Discurso del Método* y la geometría analítica pertenecen a toda Europa y no solo a los franceses; Kant no es únicamente un filósofo alemán; es la piedra de toque del pensamiento de la modernidad europea. Leonardo y Maquiavelo no están protegidos por la “Ley de Propiedad Industrial”; no pertenecen a Florencia; son parte del patrimonio cultural de los europeos. La historia europea la componen muchas notas, como se decía de las sinfonías de Mozart; hay

una nota francesa, otra alemana, italiana, española. Los europeos hablan diversas lenguas y participan de la misma cultura. Por eso han podido organizar instituciones *transnacionales*. Necesidades *nacionales* de expansión económica industrial los han empujado a la colaboración comunitaria.

El poder *aglutinante* de la *nación* hace posible la organización colectiva para fines no individuales. Esa vieja fuerza social da coherencia a las políticas de largo alcance y permite la visión mediata. La nación es *mutante y aglutinante*, como he apuntado en la parte II de este estudio. Siempre agrega y modifica, a la vez que conserva la unidad del núcleo *persistente*. Las naciones particulares han parido la transnación comunitaria. Las mutaciones se hacen a partir de ese núcleo *persistente* al que se yuxtaponen las nuevas partículas o agregados. Los cambios ocurren desde “la estabilidad” persistente.

Hay, no obstante, un juego equívoco de las “grandes tribus nacionales” frente a las pequeñas tribus. Así como los viejos emigrantes asentados en los Estados Unidos desdeñan a los nuevos “emigrantes intrusos”, las grandes tribus aspiran a disolver en las pequeñas el *cemento nacional* que las unió y desarrolló a todas ellas. El método escogido es un “discurso”, una ideología que conduce directamente a un *revival* del colonialismo.

El escritor británico Paul Johnson, un periodista de gran prestigio, director durante seis años de *The New Stateman*, escribió lo siguiente: “*Somos testigos de un renacimiento del colonialismo, aunque en una nueva forma. Es una tendencia que, a mi parecer, debiera ser alentada, tanto en el terreno práctico como en el moral. Simplemente, no hay alternativas en naciones donde los gobiernos se han desmoronado y las más básicas de las condiciones para una vida civilizada han desaparecido, como ahora es el caso de muchísimos países del Tercer Mundo*”.

El autor de libros tan célebres como *La historia de los judíos*, *Tiempos modernos*, *Intelectuales*, propone para las naciones del “Tercer Mundo” el fideicomiso. Lo propone para Haití, Liberia, Zaire. En un extenso artículo, publicado por *The*

New York Times en abril de 1993 y reproducido por *El Caribe* en agosto del mismo año, Paul Johnson nos dice: “Hay un problema moral: el mundo civilizado tiene una misión, *ir a estos desesperados lugares y gobernar*”. Y concluye de este modo: “La única satisfacción será la silenciosa gratitud de millones de mal gobernados e ingobernados que encontrarán en este *altruista* renacimiento del colonialismo el único camino para salir de sus presentes e intratables miserias”.

Bibliografía

- BREUJILLY, JOHN; Nacionalismo y estado; Ediciones Pomares - Corredor, S. A., Barcelona 1990.
- COULANGES, FUSTEL DE; La ciudad antigua ; Editorial Plus Ultra, Madrid 1947.
- DE BLAS GUERRERO, ANDRES (Director); Enciclopedia del nacionalismo, Editorial Tecnos, Madrid, 1997.
- DELANOI, GIL Y TAGUIEFF, PIERR-ANDRE (compiladores); Teoría del nacionalismo, Ediciones Paidós, Barcelona 1993.
- FICHTE, JOHANN GOTTLIEB; Discursos a la nación alemana, Editorial Tecnos, S. A., Madrid 1988.
- GELLNER, ERNEST; Naciones y nacionalismo, Alianza Editorial, Madrid 1988.
- JOHNSON, PAUL; La historia de los judíos, Javier Vergara Editor, S. A., Buenos Aires 1991.
- KEDOURIE, ELIE; Nacionalismo, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid 1985.
- LEGAZ Y LACAMBRA, LUIS; Humanismo, Estado y derecho, BOSCH, Casa Editorial, Barcelona 1960.
- LEWINSKY, SAVERIO B.; Identidad problemática del joven judío, Alfíl Editorial, Tel-Aviv, 1982.
- LYNCH, JOHN; Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826, Editorial Ariel, S. A., Barcelona, 1998.
- NÚÑEZ DE CACERES, JOSE; Acta constitutiva, 1821; citada por Gustavo Adolfo Mejía en La independencia efímera, Ciudad Trujillo, 1938.

ORTEGA Y GASSET, JOSE; Meditación de Europa, Revista de Occidente, Madrid, 1960.

WAYNE POWELL, PHILIP; Tree of Hate, Basic Books, Inc. Publishers, New York/Londres, 1971.

APENDICE

Alemanes y Judios: La “Identidad interior”

El gran filósofo Johann Gottlieb Fichte escribió entre 1807 y 1808 unos célebres *Discursos a la nación alemana*. Los compuso durante la ocupación de Berlín por las tropas de Napoleón. En ese momento todos los escritos hechos por alemanes, destinados al público, debían someterse a la censura de las autoridades francesas. Fichte redactó catorce discursos; algunos de ellos tienen carácter pedagógico; otros describen las particularidades del pueblo alemán y los efectos de la reforma religiosa de Lutero; uno versa sobre la noción de patriotismo. En todos aparecen, de una u otra manera, los conceptos de identidad, Estado y nación.

Un aspecto notable de estos Discursos es el tocante a la lengua de los pueblos germánicos. Fichte nos dice que la romanización de Europa trajo como consecuencia la falsificación del pensamiento de los pueblos nuevos, por causa de una lengua extraña y vieja. Los vocablos prestados que las lenguas nuevas, tomados del griego o del latín, lanzaron al uso común raíces que no fueron originadas por los pueblos que las adoptaron. Las raíces de cada idioma son resultado directo de las vidas de los grupos humanos que las crean. Significan contacto íntimo con la realidad física, con el entorno social con una larga tradición histórica. Las raíces lingüísticas propias posibilitan el conocimiento, la comprensión de las cosas en su inmediatez. Ontología y lenguaje, están, según Fichte, en apretada conexión. Los lingüistas posteriores a Saussure harían bien si volvieran a leer a Fichte, un filósofo idealista muy poco estudiado, al cual se le tiene como un simple pelda-

ño entre Kant y Hegel, dos hitos del pensar moderno. La edición de las obras completas de Fichte en español “comenzó en el año 1962 y esta todavía sin completar”, explica una nota de la Editorial Tecnos, S. A., responsable de la publicación, en 1988, de la versión española de *Discursos a la nación alemana*.

La lectura de los *Discursos* de Fichte, nos revela a un personaje mucho más “realista” de lo que podría parecer a los ojos de un estudiante “tradicional” de historia de la filosofía. Fichte no tiene empacho en participar en política y ocuparse en asuntos de “actualidad”. El filósofo distinguía constantemente entre razón pura y “razón practica”. Como hemos apuntado, Fichte escribe los *Discursos* cuando Prusia está ocupada por Napoleón y la llamada Confederación del Rin había firmado una alianza con Francia. La nación – en sentido cultural – a la que él sentía pertenecer estaba entonces en peligro de frustrarse o de no llegar a plenitud estatal. Solo después de la guerra franco-prusiana de 1870 Alemania empieza a ser un imperio. ¿Cuántos son los modos identitarios de sentir adscripción o pertenencia a una sociedad?

Un ejemplo curioso de adscripción social lo encontramos en el psicólogo Sigmund Freud. Mi amigo israelí Saverio B. Lewinsky me obsequió en 1982 un escrito suyo titulado: *Identidad problemática del joven judío*; en ese texto Lewinsky reproduce parte de un discurso que Freud pronunció en 1926: “Lo que me ligó al judaísmo – me avergüenza admitirlo – no fue la fe ni el orgullo nacional, porque jamás he sido creyente y me educaron fuera de toda religión, aunque me inculcaron el respeto por las que se denominan normas éticas de la cultura humana. Cada vez que sentía una inclinación hacia el entusiasmo nacional, me esforzaba por suprimirla, considerándola perjudicial y errónea; alarmado y prevenido por el ejemplo de los pueblos entre los cuales vivíamos los judíos. Pero había muchas otras cosas que hacían irresistibles la atracción del judaísmo y de los judíos, muchas “oscuras fuerzas emocionales”, que eran tanto más poderosas cuanto menos se las podía expresar con palabras; así como también una clara con-

ciencia de una “identidad interior”; la privacidad de una “construcción mental común” me proporcionaba seguridad y más allá de todo esto, existía una percepción de que sólo a mi “naturaleza judía” le debía las dos características que se me hicieron indispensables en el difícil camino de la vida. Porque era judío me libré de muchos prejuicios que restringían a otros en cuanto al uso de su intelecto y como judío estaba preparado para unirme a la oposición y para prescindir de cualquier acuerdo con la mayoría compacta...”. Este es sin duda, el primer caso de aplicación del psicoanálisis a la sociología. Fichte, por su lado, concedía extraordinario valor al “poder unitivo” de la literatura y de la cultura en general. Mi amigo israelí concluyó su folleto afirmando: “la historia muestra que la humanidad no es la suma de cada uno de los individuos, sino la suma de las culturas que la componen”. [...] “yo también soy parte de una cultura, que recibo en herencia...”

Todas las culturas se han nutrido unas de otras en el curso de la historia; se sostienen y entrelazan como bancos de coral o enredaderas de un jardín promiscuo. De Grecia a Roma, de Roma a Europa, de Europa a América; la cultura clásica viaja en ruta doble: de Bizancio hacia occidente, desde Roma hacia el este. Egipcios, caldeos, judíos, constituyen la “herencia oriental” de la civilización occidental. Un lento proceso de siglos fue la norma antigua para la asimilación cultural. En nuestra época los viajes y las comunicaciones son continuos y en todas direcciones. No existe ya un solo lugar del globo terráqueo donde no llegue la influencia de la radio, la televisión, la imprenta, del intercambio comercial. Diversas formas de transculturación operan sin cesar en el mundo actual. Lo que nos parece ahora un amasijo informe no tardará en alcanzar la estable unidad luminosa del arco iris. Eso piensan los optimistas, siempre reacios a tomar en cuenta los broncos conflictos, las abismáticas diferencias que separan a los hombres. Otros, menos entusiastas, creen que todavía, durante varias décadas, sacudiremos un *cocktail* con algunos ingredientes insolubles.